

EL MARXISMO Y LA CUESTIÓN NACIONAL

ana maría rivadeo

Desde los años setenta, al menos, el pensamiento marxista ha venido destacando sus crecientes dificultades teóricas en conexión con el Estado, y más en general con el ámbito político e ideológico. Al inicio de esa década, Althusser enfatizaba, por ejemplo, los límites del marxismo para rebasar una demarcación esencialmente *negativa* del Estado. Colletti, por su lado, subrayaba la carencia de una teorización en torno a lo estatal y lo político, en cuanto la concepción marxista permanecía adherida a la idea de la progresiva *disolución* de ambos como corolario de la revolución socialista. Los señalamientos en este sentido podrían multiplicarse, pero de lo que se trataba, en todos los casos, era de poner de manifiesto los obstáculos internos del marxismo para dar cuenta de las formas, las funciones y los alcances de las instituciones políticas de la sociedad burguesa, y de su lugar en la transición al socialismo. Una cuestión que adquiere hoy una dimensión y una perentoriedad sin parangón es, en cuanto *resignificada* por los procesos históricos actuales, la apertura de

una nueva fase del desarrollo capitalista —en una escala cualitativamente mayor de expansión e integración—, y el hundimiento de los regímenes poscapitalistas de Europa Oriental y la ex URSS. Dicho de modo breve y puntual, estos procesos históricos abren un horizonte que *transforma* toda la perspectiva de la tradición marxista en relación con la temática de la *transición al socialismo*. Ésta, reafirmando y al mismo tiempo modificando las ideas marxianas, parece presentarse como una transición prolongada, multiforme y compleja, estructurada por un haz de luchas, avances y retrocesos políticos, económicos, sociales y culturales, dentro y fuera de las fronteras nacionales. Se trataría, por tanto, del cruce de procesos que van transformando el mundo hasta constituir una transición que cubre una *época histórica global* a escala mundial, del tipo de la que en su momento se produjo en el paso del feudalismo al capitalismo. Esta idea de una transición al socialismo de carácter *epocal* y *planetaria*, que emerge hoy con fuerza en el seno del pensamiento marxista, confirma lo imprescindible y decisivo de una teorización política, ya en los setenta considerada insuficiente, al tiempo que redimensiona, en su interior, el tema que nos ocupa: la cuestión nacional.

Ana María Rivadeo. Filósofa, profesora e investigadora de la ENEP-Acatlán, así como de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Recientemente ha terminado una investigación doctoral sobre el marxismo y la nación.

Uno de los esfuerzos de nuestro trabajo está dirigido a investigar los obstáculos conceptuales que, en el seno de sus dificultades teóricas en el campo político-ideológico, han trabado el tratamiento marxista del problema nacional. A nuestro juicio, éste se ha orientado, de modo sistemático, en dos direcciones al mismo tiempo contradictorias y fallidas: la *cancelación* del lugar y la densidad de lo nacional, por una parte, y la *tendencialidad nacionalista*, por la otra. La problemática que origina esta doble direccionalidad ha tenido, como es sabido, efectos catastróficos para el marxismo y para el movimiento socialista, en cuanto se sitúa en un espacio medular de su teoría y de su práctica política: el del internacionalismo y el del carácter de la revolución socialista.

En nuestra perspectiva, la obstrucción fundamental de la concepción marxista de lo nacional reside en la *exterioridad* teórica entre sus categorías de *clase* y *nación*, que resulta de cierto deslizamiento economicista. Aun cuando el eje de su tratamiento de lo nacional se concentra en la *relación* entre burguesía y nación, este vínculo se define en términos mecánicos, unidireccionales e instrumentales, lo que impide dar cuenta del complejo nexo *orgánico* e *interno* entre ambas. Pensada la constitución de las clases como resultado exclusivo de las contradicciones económicas, la burguesía, que produciría la nación, parece conformarse en un espacio anterior y exterior a ésta, de modo *prepolítico* y *prenacional*.¹ Por donde, correlativamente, lo nacional acaba discurrendo en un terreno separado de lo clasista. A partir de esta separación, la nación se presenta entonces como una comunidad *acabada* y *libre de conflictos*, lo que da origen a dos líneas de teorización que recorren la entera historia de la concepción marxista de lo nacional desde Marx y Engels. En

cuanto comunidad acabada y libre de conflictos, la nación no puede ser más que *a)* mera *ilusión*, o *b)* un sedimento residual de sociedades *preclasísticas*.

En la primera línea conceptual, la nación, cuyo fundamento sería el Estado, no consistiría más que en la ilusoria comunidad de los propietarios de mercancías, ilusión transitoria ya en vías de disolución bajo la propia dominación burguesa. En cuanto la nación se apuntala aquí sobre el mercado concebido como verdadera comunidad, ella no puede ser estatuida más que como una *representación* ideológica, orientada a *mistificar* la estructura clasista de la sociedad. La lógica del Estado y de la nación aparecen así como un efecto más o menos epifenoménico del ámbito económico, cuya legalidad autónoma niega y cancela a aquélla. A partir de esto, la lucha de clases queda colocada al margen de lo nacional. Su dinámica se despliega fuera de las líneas ideológicas y políticas nacionales, de modo que la burguesía y el proletariado, por ejemplo, acaban inscribiéndose en un movimiento de contenido esencialmente *universal* y *cosmopolita*.

Pero llegado el punto de esta extrema *evanescencia del hecho nacional*, el marxismo se ve compelido a buscar en otro lado el cuerpo y el significado de un tejido cuya realidad resiste a toda maniobra volatilizadora. Éste es el punto en que surge la segunda línea conceptual que mencionamos. El espesor de lo nacional se sitúa ahora en una *"esencia"* exterior al proceso histórico-social, producida por un procedimiento empírico-deductivo, cuyo ejemplo paradigmático es la definición estaliniana de nación.² Si la nación es algo más que una representación ilusoria, ella debe referir a la comunidad arcaica, caracterizada por una insuficiente diferenciación clasista, y consistente en una unidad étnico-cultural dada; lo que denominamos *na-*

cionalidad, que en cuanto sustrato remoto daría finalmente origen a la nación moderna. La nación es deducida aquí a partir de la nacionalidad convertida en variable independiente, según una operación que tiene como resultado un completo alejamiento de las perspectivas teórica y metodológica del marxismo.³

La clave de este corolario reside, como ya hemos avanzado, en la ausencia de un análisis relativo al lugar de lo político-ideológico, y por esa vía de lo nacional, en el proceso de constitución de las clases.

En la perspectiva inicial de Marx, la nación moderna expresa una articulación específica entre sociedad capitalista y Estado político, y constituye una comunidad real, pero formal y abstracta, en cuanto atravesada y determinada por la dominación clasista burguesa.⁴ Sólo la supresión de ésta, y la abolición de toda dominación de clase, haría posible lograr una comunidad social efectiva, cuya realización es producto del socialismo, y coincide, por tanto, con la superación misma de la nación.

La lógica clasista, aunque de *forma* nacional, posee un contenido esencialmente universalista y cosmopolita. Ello atañe a la dinámica capitalista, en cuanto ésta apunta, en lo fundamental, a superar las fragmentaciones precapitalistas y a construir el mercado mundial. Y también al movimiento obrero, en la medida en que es concebido como una unidad *homogénea*, ajena a toda hendidura particularizadora, incluido el quiebre nacional. Sus intereses adquieren, así, sin mediación, el rango de intereses universales de la sociedad. Sobre esta exterioridad entre la lógica de las clases y de la nación, y sobre la primacía de la primera sobre la segunda, habrá de fundarse el paradigma clásico del internacionalismo proletario.⁵

Esto no significa que el joven Marx desconociera la problemática nacional. En es-

te periodo, anterior a los cincuenta, la cuestión nacional adquiere una presencia vigorosa y decisiva. Constituye, justamente, el cruce de la conflictiva central de las revoluciones europeo-orientales de 1848-1850, y ocupará, por tanto, un lugar de la mayor importancia en el análisis marxiano. La postura básica de Marx, en el contexto que hemos señalado, consiste en sujetar la cuestión nacional a dos procesos centrales: a) la dinámica revolucionaria del modo de producción capitalista, que pasa por la creación y consolidación de grandes entidades nacionales, a las que considera *presupuestos* del proceso histórico de mundialización; y b) la proximidad de una revolución socialista europea global.

En esta línea, los movimientos nacionales aparecen subordinados, por una parte, a los procesos revolucionarios democrático-burgueses que apuntan, sobre todo en Europa Oriental, a la constitución de fuertes estados nacionales. Y, por otra, a la lucha socialista de la clase obrera europeo-occidental por la liberación de *todos* los oprimidos. La primacía de lo clasista sobre lo nacional, así como su exterioridad mutua, se apoya aquí en dos grandes presupuestos: una concepción histórica universal centrada en la noción de progreso, y la idea de la existencia del proletariado como clase universal y homogénea, no traspasada por otras determinaciones sociales, políticas, nacionales y culturales. Ambos, a su vez, se asientan sobre un componente economicista que subordina la complejidad de la lucha de clases y de lo político a una historia mundial que tiene como centro a los países capitalistas avanzados de Europa Occidental.⁶

Tras la derrota de las revoluciones del '48, sin embargo, Marx relativiza, cuestiona y finalmente abandona esta perspectiva inicial. El examen de la enorme dilatación de la realidad burguesa, cuyo eje es la ex-

pansión colonial, lo conduce, en los años cincuenta, a renunciar a la idea de una unificación teórica abstracta y formal de base económica. En ese marco, apunta, por primera vez, la hipótesis de la posibilidad de una *autoemancipación* de los pueblos colonizados y del carácter central de sus movimientos nacionales.⁷ Con relación al caso de Irlanda, en los sesenta, desarrolla la tesis de la naturaleza *desigual* del desarrollo capitalista, cuyo dominio mundial, lejos de uniformizar, tiende a producir una *especificación* de las estructuras económicas, políticas y sociales. Esta discontinuidad y desigualdad históricas de la acumulación capitalista afecta también la idea de la “universalidad proletaria”, y por consiguiente la de la racionalidad del proceso histórico como una totalidad centrada en la lucha de clases europea. Marx reconoce ahora la heterogeneidad interna de la clase obrera, y las brechas salariales, políticas, ideológicas y culturales que la cruzan a nivel nacional e internacional. En esa línea, pone de manifiesto el carácter *nacional* de la conformación del proletariado, en cuanto ésta posee una dimensión política que imbrica con las formas de la hegemonía de las clases dominantes.⁸

Desde esta nueva perspectiva, alcanza a denunciar en los años setenta, con toda “ortodoxia”, incluida la propia, el corporativismo y el nacionalismo burgués que subyacen en el “internacionalismo” de clase abstractamente universal. Éste, en nombre del “fin de las naciones”, sólo encubre el desconocimiento de la opresión colonial y el nacionalismo imperialista. Detrás de la “universalidad proletaria” de la dirección obrera inglesa, advierte Marx, se esconde la afirmación de determinados “centros nacionales” como sedes del atributo universal del proletariado.⁹

Sus escritos sobre Rusia confirman el sentido de estas grandes transformaciones

conceptuales. Marx rechaza aquí la pretensión de convertir su teorización sobre el capitalismo en un esquema *inexorable* del desarrollo histórico de las sociedades, y expresa su enérgica repulsa a toda lectura de su pensamiento en términos de una doctrina universal, teleológica y eurocéntrica sobre el proceso histórico.¹⁰

Pese a estos desplazamientos, no obstante, la cuestión nacional no llegará a constituir nunca un núcleo teórico del pensamiento de Marx, en cuanto ni lo político ni la revolución socialista alcanzarán a poseer un significado nacional. Esto no nos releva, sin embargo, de la necesidad de poner énfasis en la apertura de un horizonte conceptual del problema nacional que, por diversas razones, resultó en el marxismo posterior reiteradamente desdibujado.

Las tendencias mayoritarias de la II Internacional restringen la cuestión nacional de la perspectiva marxiana de los años cuarenta. Este constreñimiento se acompaña, por lo demás, del *cierre* y la *sistematización* de la completa obra de Marx sobre sus líneas economicista, universalista, teleológica y eurocéntrica. En este “marxismo”, lo nacional queda subordinado a una historicidad universal centrada en la progresividad del capitalismo, entendido como forma de la evolución natural de las sociedades. La reedición de la exterioridad entre clases y nación hará posible relanzar la ya conocida transmutación en su contrario del internacionalismo proletario abstracto. Sobre ella, en efecto, habrán de montarse el nacionalismo imperialista, el corporativismo obrero, el abandono e instrumentación nacionalista del internacionalismo, así como el colonialismo, en que acabarán atrapadas la política y la teoría de la II Internacional.¹¹

Su izquierda radical —incluida Rosa Luxemburgo— permanecerá adherida a esta visión economicista, y por tanto a la exte-

rrioridad que entre clase y nación le impedirá desacoplar la cuestión nacional de la burguesía y la fase capitalista. Por donde, paradójicamente, será el sostenimiento de una perspectiva revolucionaria e internacionalista lo que la conduzca a dar por cancelado el tema nacional.¹² Aun el pensamiento leniniano, más complejo, comparte aquella limitación. Pese a reivindicar —contra Rosa— la pertinencia revolucionaria de los movimientos nacionales por la autodeterminación, la cuestión nacional sigue siendo en Lenin un asunto que compete a la fase burguesa de los procesos históricos. El socialismo se juega en un terreno clasista e internacional. Y si bien subraya su posible confluencia con los movimientos nacionales, ésta sólo es considerada bajo la hipótesis de una revolución socialista europea, que coincide con la disolución tendencial de las naciones.¹³

Del desplome de esa hipótesis, y como oscuro desenvolvimiento de esta problemática, surgirá finalmente el nacionalismo estaliniano. La Internacional Comunista emerge y se constituye sobre la perspectiva de una revolución mundial, que se desvanece con la rapidez de un sueño. Su rasgo fundamental será, de nueva cuenta, la catastrófica articulación entre la *volatilización* del hecho nacional y el internacionalismo *abstracto*. Conocida combinatoria sobre la que acabará sustentándose, bajo la égida de Stalin, la corporización de los intereses universales del proletariado en *una nación*, la URSS, en la que el tránsito al socialismo no pudo producirse. De ese nacionalismo se alimentarán los siniestros avatares históricos, cuyos coletazos llegan a nuestros días: la instrumentación soviética del movimiento comunista internacional, el dominio expansionista de la burocracia sobre las naciones y nacionalidades de la ex Unión, y luego sobre su banda de seguridad en Europa Oriental.

Estas reiteradas operaciones político-conceptuales exigen, a nuestro juicio, un replanteamiento fundamental. Nos referimos, básicamente, a la cuestión de los nexos internos entre el emergente *nacionalista*, la instrumentación y abandono del *internacionalismo* y la *ausencia* en el marxismo de una teorización en torno a la *dimensión nacional* de la lucha socialista. Este replanteamiento pasa por un espacio decisivo: el de las múltiples y complejas relaciones internas entre las clases y la nación, en cuento categorías contenidas y presupuestas entre sí.

Según nuestra perspectiva,¹⁴ en un nivel abstracto, desde el punto de vista de su estructura lógica, la nación corporiza una forma específica de producirse el *principio* que vertebra la *constitución* de una sociedad. Ella resulta, por tanto, la *condensación* de un complejo *metabolismo* económico, social, político, ideológico y cultural. La nación no es una *cosa*, o un ente determinable a partir de algún *vínculo empírico externo*, ya sea de índole natural (étnico) o cultural (la lengua, las tradiciones, etcétera). Tampoco es alguna *esencia* que pueda ser definida inductivamente como lo común a una serie empírica. La nación no constituye una categoría *inmediata*. Ella remite, por el contrario, a un espacio de *articulación orgánica y contradictoria*, a un lugar de cruce y condensación entre la sociedad burguesa, el Estado político-jurídico y un conjunto de estructuras ideológicas y culturales. La nación designa, en esta línea, un metabolismo social peculiar, a partir del cual se alza *objetivamente* como una comunidad formal y abstracta de individuos que son propietarios libres y ciudadanos en igualdad de derechos. De allí que suponga al capitalismo como modo de producción dominante de la formación social, pero, igualmente, un

entrelazamiento que obliga al abandono de todo economicismo. A nuestro juicio, la nación no se apuntala sobre la formación del mercado, sino sobre la constitución del *sistema hegemónico* en sentido gramsciano. Esto significa que ella *implica*, pero al mismo tiempo *trasciende*, la relación económica entre las clases: la nación no se produce en el nivel económico, sino justamente como *articulación* entre economía, política y cultura. De allí que pueda ser una forma de unificación de los más variados y contradictorios contenidos clasistas bajo la hegemonía burguesa. La dominación burguesa es una dominación *hegemónica*, y por tanto una dominación nacional. A través de la nación, *en* la nación y *como* nación, la dominación económica de la burguesía supera el plano meramente corporativo y articula el conjunto de la sociedad. Esto significa que la existencia de la nación confluye con la existencia del sistema hegemónico. Por donde, si bien la nación es *una*, ella puede alojar, no uno, sino *varios* proyectos nacionales posibles, que surgen de distintos sujetos sociales que aspiran a configurar sistemas hegemónicos diferenciados. Esto no significa que la nación sea un recipiente vacío, ocupable desde el exterior por diversos contenidos, sino que expresa la heterogeneidad social y las rupturas internas entre las clases en el seno de la nación. Pone de manifiesto, en suma, el hecho de que *no hay clases fuera de la nación, ni nación fuera de la lucha de clases*.

Esta línea de trabajo supone desestimar la caracterización de la dominación y del Estado burgueses en términos clasistas *inmediatos*. La dominación burguesa es una dominación hegemónica, y el Estado un Estado ampliado; por lo tanto, una dominación y un Estado *nacionales*, porque lo que caracteriza a la nación burguesa es, justamente, su capacidad para albergar a

todas las clases y grupos de la sociedad, ya sea como individuos, o como sujetos colectivos subalternos. Sin suprimir la índole clasista de la dominación burguesa, este señalamiento desplaza el énfasis hacia lo político, en cuanto irreductible a lo económico por separado. Lo nacional constituye una cuestión cuyo tratamiento exige considerar cómo esa dominación *trasciende* el orden corporativo, y logra suscitar un ámbito de unidad y consenso —contradictorios— de la sociedad en su conjunto.¹⁵

Estas determinaciones permiten reconducir y reorientar el análisis concreto de lo nacional. Queda claro así que las formas y condiciones que inducen y regulan las modalidades y el desarrollo de las naciones sólo pueden examinarse a la luz de los procesos particulares y específicos. Ellas enlazan con los procesos siempre concretos de constitución de los sistemas hegemónicos y del bloque histórico, en cuanto productos de una incesante lucha social.

Sobre este fondo, se hace posible sostener la hipótesis de que la nación configure la forma *más general y estable* en que se constituye el complejo sistema de la dominación hegemónica de la burguesía. Una vez estructurada como resultado de las luchas sociales que entranan un sistema hegemónico, la nación conforma un marco político global que condiciona en lo sucesivo el despliegue de esas luchas. Éstas habrán de discurrir y entretenerse en el futuro *en términos y a través* de una *lógica nacional*, reproduciendo y desarrollando la nación.

La forma nacional, decíamos, *articula* en su seno una diversidad de contradicciones que brotan de la sociedad burguesa, en el sentido transversal (economía, política, ideología) e histórico (pasado, presente, futuro). Esto es posible en cuanto ella *crea*, y al mismo tiempo *presupone* una *continuidad* que le es constitutiva, por-

que en ella se asienta la integración de las rupturas de la formación social. Así, pese a que la nación como sistema hegemónico implica un permanente proceso de *transformaciones*, se presenta siempre como *idéntica* a sí misma, estableciendo un marco global y estable al que deben acogerse todos los sistemas hegemónicos.

El carácter *nacional* de la dominación hegemónica burguesa entra en conflicto, desde su origen, con la índole *internacional* de la estructura capitalista, generando un cúmulo de contradicciones que no han hecho más que exacerbarse con el tiempo. El colonialismo, la expansión militar e imperialista, el desarrollo del derecho público internacional, de instituciones y acuerdos económicos, políticos y militares son otras tantas formas, violentas o pacíficas, a través de las cuales las burguesías se afanan por resolver estas contradicciones. Sin embargo, a pesar de sus deficiencias y caducidad crecientes, ellas no han conseguido refundar su dominación sobre una base más general y coherente que la forma nacional.

La nación emerge como principio articulador de un complejo campo de contradicciones. Ahora bien, esta articulación se produce a través de una dinámica peculiar, doble y encontrada, que define, a nuestro juicio, a la forma nacional. Ésta implica dos tendencias inseparables y contradictorias, que se arraigan en la organización productiva del capitalismo, en el armazón del Estado y en las prácticas de dominación. La nación comporta, en primer término, una tendencia a la *homogeneización* y la *universalización* de la sociedad. Sin embargo, esta tendencia se realiza por medio de su propia negación, a través de una segunda tendencia simultánea a la *fragmentación* y la *particularización* sociales. Ambas direccionalidades gestan, desarrollan y reproducen constantemente su mu-

tuja oposición, dando lugar a otras tantas contradicciones que *no* se resuelven en la nación. La nación se configura, justamente, *en el seno* de esas contradicciones, en el interior de la *tensión* entre estas tendencias, las *recoge* en su cuerpo, y las transforma en *regulables* por el Estado.

Esta dinámica múltiple, compleja y conflictiva de la forma nacional se objetiva en una estructuración *espacial* y *temporal* específicas, que se presentan como otras tantas determinaciones que marcan a la nación, adhiriéndola a una *territorialización* y una *historicidad* particulares.¹⁶

En su dimensión espacial, aquella dinámica se expresa en la adhesión de la nación a un *territorio*, caracterizado por la doble tendencialidad que hemos apuntado: la *unificación* y *homogeneización* de un *interior*, por una parte, y la *demarcación* y *particularización* respecto a un *exterior*, por la otra. Así, la forma nacional corporiza en un territorio-*frontera*, que, lejos de toda naturalidad, posee una índole esencialmente *política*. El territorio nacional es producto del mismo movimiento político por el cual se constituyen el Estado, el sistema hegemónico y el bloque histórico. Esta demarcación de límites propia de lo nacional equivale, simultáneamente, a la posibilidad de desplazarlos: la especialización nacional supone el establecimiento de un "adentro" y un "afuera" tales que la "interioridad" es tendencialmente extensible al infinito, pero implica siempre el cruce de fronteras. De ahí que la expansión capitalista resulte *consustancial* a la nación, y adquiera un carácter *inter*, o mejor, *transnacional*. El Estado cohesiona y articula los desequilibrios interiores de la sociedad burguesa, pero no los supera; los *reglamenta* hacia adentro y los *canaliza* hacia afuera. De este modo, las relaciones internacionales se transforman en puntos de cristalización de las contradicciones

económicas, políticas, ideológicas y militares del desarrollo capitalista. Homogeneización interna y reproducción ampliada de los conflictos entre las naciones aparecen así como tendencias inescindibles de la lógica de la forma nacional de la soberanía burguesa.

Esta dinámica contradictoria atraviesa también a la unificación que se produce dentro de las fronteras nacionales, en cuanto unificación siempre subordinada a un permanente movimiento fragmentador. El Estado-nación, por ejemplo, unifica al pueblo-nación a través de la instauración de la disociación privada entre los individuos-sujetos. Esta doble tendencialidad constituye el rasgo medular de la homogeneización nacional, y permite explicar por qué ésta lleva inscrita en su propia naturaleza la posibilidad de la discriminación, la persecución y el aplastamiento de las *diferencias* no asimilables a la unidad —esto es, al sistema hegemónico—. La opresión y exterminio de las nacionalidades dentro del Estado nacional, los genocidios modernos, los campos de concentración y el totalitarismo aparecen así como fenómenos que arraigan en la lógica y la dinámica de la espacialización del Estado-nación.

La estructuración temporal de la dinámica nacional, por su parte, hace posible dar cuenta del sentido de la historicidad en la constitución de la nación. La unificación del pueblo-nación pasa por una intervención del Estado que opera, en lo fundamental, a través de la *monopolización* de la historia popular. La forma nacional del Estado burgués implica una homogeneización social que, en lo temporal, apunta a no admitir más que *una* historia y *una* tradición en el interior de sus fronteras: la historia *nacional* tiende a ser, como sabemos, la historia *oficial*. Su unidad supone no solamente la demarcación res-

pecto a la historia del extranjero, sino también, en el propio interior de la nación, la subordinación, la negación y aun el aplastamiento de las historias definidas como “extrañas” a partir, justamente, de *esa* unificación temporal.

Como podemos ver a partir de este análisis, nación y Estado resultan categorías que se ligan permanentemente entre sí. Los movimientos nacionales apuntan, en general, al Estado: 1) porque reivindican un Estado propio, lo que contiene la demanda de un principio territorial, al tiempo que la búsqueda de la apropiación de su propia historia; o bien, 2) porque, coincidiendo con la territorialización del Estado existente, apuntan a la transformación de la estructura interna de éste, en cuanto materialización del sistema de dominación, en el que va supuesta siempre una historización específica.

En suma, porque es precisamente el Estado el que establece el *nexo* entre las estructuraciones espacial y temporal, en cuyo cruce se concreta la dinámica nacional. El Estado burgués demarca las fronteras en cuanto instituye un adentro. Pero esta interioridad, que es el pueblo-nación, sólo se produce en la medida en que el Estado homogeneiza su pasado y su futuro. La unidad nacional se revela aquí como *intersección* de la historización de un territorio y la territorialización de una historia, en la que el cierre temporal es, al mismo tiempo, totalización de la historia por el Estado.

El territorio y la historia que materializa el Estado corporizan y reproducen la dominación hegemónica burguesa. Sin embargo, es preciso enfatizar, asimismo, que la historia de las clases y grupos subordinados *no* se absorben completamente en el Estado, sino que lo *marcan* con su sello, precisamente en cuanto éste es un Estado *nacional*, o sea, el resultado del proceso

nacional de la lucha de clases. De modo precario, fragmentado, deformado —en estado de defensa alarmada, como dice Gramsci—, en suma, subalterno, las luchas y las resistencias populares están también inscritas en el Estado, y encuentran siempre vías para quebrar el silencio y la represión que éste abate sobre su memoria. La lucha por la constitución de una hegemonía de alternativa a la de la burguesía es por eso, igualmente, una lucha por el campo de lo nacional, por la recuperación y resignificación de la historia, de las historias, lo que confiere al tránsito al socialismo una dimensión nacional.

Hemos dicho que la vida de la nación y su desarrollo se imbrican con la capacidad articuladora propia de la dominación hegemónica burguesa. Ésta se despliega, no obstante, dentro de un conjunto de límites, uno de los cuales, fundamental, es el de la estructuración clasista de la sociedad, que se eleva como barrera infranqueable a la tendencia integradora de la nación. De ahí que la burguesía pueda desarrollar la unidad nacional sólo hasta cierto punto, y bajo su dominación exista siempre una *discrepancia* entre la *idea* y la *realidad* de la nación. En esta línea, la nación perfila una existencia doble. Ella existe, por una parte, como *sistema hegemónico concreto*, o sea, enlazada a la hegemonía de una clase o fracción, en torno a la cual se constituye. Pero la nación *no es absorbible* completamente por esta clase o fracción, sino que la trasciende permanentemente. Ella existe, también, como el *ideal* de una comunidad humana integrada y homogénea, forma en la que posee mayor estabilidad y persistencia que en su realidad específica representada por el sistema hegemónico. A través de esta dimensión ideal, la nación puede *continuar existiendo* aun en el caso del quiebre, o de la transformación revolucionaria de un siste-

ma hegemónico. A partir de esto, es posible romper la identidad de la nación con la burguesía, y pensarla como una realidad *abierta*, sin punto de acabamiento final. Su desarrollo resulta así entramable, en cuanto proyecto de una comunidad humana democrática e integrada, con la construcción de una hegemonía diferente a la burguesa, de orientación *anticapitalista* y socialista.

Ésta constituiría, además, teóricamente, la única posibilidad histórica de trascender la barrera clasista que bloquea el desarrollo nacional en el sentido de la expansión y profundización de la democracia.

La posibilidad de un desarrollo nacional de carácter socialista converge aquí con la dimensión nacional del tránsito al socialismo, entroncando ambos con la cuestión de la crisis política como crisis nacional. En cuanto crisis del sistema hegemónico, la crisis política es una crisis nacional. Su desenvolvimiento en dirección a la desarticulación del sistema hegemónico de las clases dominantes, y a su reemplazo por un sistema de alternativa de las clases subalternas, constituye un contenido fundamental de la transición al socialismo. Esta transición implica luchas, movimientos y procesos múltiples y prolongados, que se desarrollan en ámbitos de índole internacional e intranacional. Pero posee también una dimensión de carácter nacional. En primer lugar, en tanto la construcción de la hegemonía de las clases y grupos subalternos, supone la aprehensión y la transformación de una sociedad histórica específica, en la originalidad y unicidad particulares de su sistema hegemónico. Vinculado a ello, en segundo término, porque la transición al socialismo no es el resultado de una práctica clasista corporativa, sino de la construcción de una voluntad colectiva nacional y po-

pular.¹⁷ El sistema hegemónico de las clases dominantes no es estático, sino tendencial y contradictorio; entre otras razones porque, para constituirse, debe movilizar a fuerzas opuestas a esa dominación. La desagregación de éstas, y su alzamiento como sujeto político, implican la disputa por un campo *común*, el campo de lo *nacional*, en tanto contiene un proceso orientado al desplazamiento interno de la hegemonía; una lucha hegemónica que, por definición, sólo es tal en cuanto cuestiona el control de *ese* campo.

Ello en la medida en que su significado central reside en el esfuerzo por *rearticular* sobre nuevas bases todas las contradicciones existentes en la formación social; por producir, en suma, una nueva condensación orgánica del metabolismo económico, político y cultural de la sociedad.

En esta línea de pensamiento, el proyecto socialista converge con la dimensión integradora y democrática de la forma nacional, y se estructura en torno de las posibilidades tendencialmente ilimitadas del despliegue de la democracia en un sistema hegemónico de las clases y grupos subalternos. Pero la forma nacional, como hemos señalado, posee otra determinación, que acompaña inescindiblemente a su tendencia homogeneizadora. Ella se orienta, también, en la dirección de defensa y extensión del particularismo y el nacionalismo. De ahí que la convergencia del proyecto socialista con la forma nacional sea una confluencia contradictoria. Si, por una parte, implica el desarrollo y la *realización* de la nación, apunta, por otra, a la superación de sus tendencias particularistas, y, en el límite, a la *superación* misma de la nación. Sin embargo, creemos que esta superación pasa por la forma nacional. Ella se apoya en el desenvolvimiento de sus fuerzas y sus prácticas democráticas e integradoras, cuya universalización y

profundización constituirían la base de un proceso de relativización y supresión tendenciales del particularismo nacional, y, en suma, de la propia forma nacional de integración social.

De esta manera, nuestra perspectiva de análisis desplaza el énfasis del momento particularizador y separatista que contiene la cuestión nacional —en el que recae el acento de la concepción marxista tradicional—, recentrándolo en la constitución y desarrollo de los sistemas de hegemonía. En el seno de la dinámica de éstos, lo nacional y lo clasista encuentran una articulación interna que entrama, de modo fundamental, con el tema de la democracia —que es, junto con la cuestión nacional, otro espacio central de coagulación de los desencuentros teóricos del marxismo.

Éstas son, en lo general, algunas de las líneas de trabajo que a nuestro juicio deben estar presentes en el análisis marxista de lo nacional, en un momento como el presente, en el que el tema adquiere una renovada actualidad conceptual e histórica. Vivimos tiempos signados, en lo esencial, 1) por el veloz desarrollo de la fase transnacional del capitalismo, que implica importantes transformaciones en la relación entre el Estado y la sociedad en el plano interno, y la acelerada tendencia a la constitución de bloques transnacionales de poder en el nivel internacional; 2) por el quiebre de los regímenes poscapitalistas burocrático-autoritarios de Europa Oriental, que precipita en procesos sociales de carácter conservador, así como en explosivos movimientos de desarticulación nacional; 3) por el agotamiento reiterado y sistemático de las fórmulas burguesas establecidas hasta el presente para rebasar el círculo infernal del “subdesarrollo”, la miseria, la marginación y el autoritarismo en las sociedades capitalistas dependientes, entre ellas las de América Latina. Un cú-

mulo de procesos históricos que, en su conjunto, redimensionan la problemática nacional, colocándola, al mismo tiempo, en el centro de la consideración práctica y conceptual de nuestros días.

Las tendencias mundiales del desarrollo capitalista, que se asientan sobre la dominación de nuevas fracciones burguesas del capital transnacional, orientan transformaciones de envergadura en la conformación de los sistemas hegemónicos, y por tanto en la forma nacional. Estas transformaciones cobran expresión ideológica en el reflotamiento del conservadurismo liberal, que en su versión tecnocrática para el consumo predica el recorte del Estado, la nación y la democracia sobre el molde de un mercado capitalista elevado a entidad mítica. Estos predicamentos, que dan cobertura a la ofensiva estatal antipopular, acompañan a una efectiva modificación interna de las formas nacionales, que se reestructuran sobre la base del nuevo sistema de dominación hegemónica de las burguesías transnacionales. En la medida, sin embargo, en que el desarrollo capitalista transnacional produce reacomodos de poder y de conflicto a escala planetaria, se producen, al mismo tiempo, intensos emergentes proteccionistas, particularizadores y nacionalistas, en cuanto la forma nacional sigue constituyendo el espacio político en cuya expansión se juegan los conflictos económicos y militares mundiales. La dinámica transnacional continúa ligada inseparablemente a los avatares del Estado-nación, lo que se evidencia en las contradicciones y la estructura interna de los bloques regionales emergentes, tanto como en sus mutuas relaciones en el plano internacional.

El derrumbe de los regímenes poscapitalistas, así como los procesos de desintegración nacional que los acompañan, reafirman, por su parte, el carácter nece-

sario de la democracia y de la soberanía popular y nacional como condición imprescindible de la posibilidad de un tránsito al socialismo. La ausencia de éstas en los regímenes que surgieron del quiebre del capitalismo en aquellas sociedades —en virtud de diversas circunstancias— ayudaría a explicar, tanto la *inexistencia* de ese tránsito, cuanto la *debacle nacional* tras el derrumbe de la dominación clasista de la burocracia. Lo que haría posible confirmar, a su vez, la inextricable relación interna entre sistema hegemónico y nación; aquí, en cuanto la desarticulación nacional aparece como producto de un quiebre catastrófico y sin alternativa inmediata del sistema de dominación existente.

En nuestros países dependientes, por último, atravesadas por las tendencias del capitalismo transnacional, las clases dominantes se afanan por rearticular en los términos de éste la dominación interna y la dependencia del exterior, llevando a límites impensados la tradicional marginación de las mayorías. Las resistencias populares que emergen en estas condiciones se perfilan como luchas cuya orientación democratizadora, que abarca todos los ámbitos de la vida social, adquiere una consistencia claramente nacional y de alternativa.

En síntesis, de formas diferentes, cada uno dentro de especificidad estructural, estos diversos procesos en curso convergen en la cuestión nacional, y en sus nexos con la democracia, éstas se colocan así en el punto nodal de las preocupaciones de las fuerzas sociales que, sobre un oscuro fondo de repliegues y desagregaciones, siguen considerando que el proyecto socialista constituye una alternativa deseable y posible al capitalismo. A partir de sus logros teóricos y prácticos, de su más profunda autocrítica y reorganización política y conceptual, de las múltiples experiencias históricas de los grupos populares,

de las nuevas exigencias y posibilidades que éstas abren frente a la avanzada del capitalismo transnacional; a partir, en suma, de todos los sueños vivos —antiguos y nacientes— de la construcción de una comunidad humana democrática, sin explotación, sin genocidios, sin desprecio, el marxismo del presente se enfrenta a la tarea de transformar su propia crisis en nuevas formas del encuentro. Esta tarea se vislumbra difícil, compleja, y abierta a configuraciones imprevisibles. Nuestro trabajo quiere ser un trozo de ese sueño en construcción. Un momento del proceso de recomposición social y teórica de los grupos subalternos, que, desde sus actuales condiciones defensivas, se movilizan alrededor de la convicción básica de que frente al Estado, la gran burguesía y el capital transnacional, la nación y la democracia se identifican con el pueblo. Con la producción de su unidad, con la recuperación crítica de su historia y de su memoria fragmentaria y dispersa, de las que el marxismo forma parte constitutiva.

NOTAS

¹ Cfr. E. Mandel y M. Rodinson, "Nationalisme et lutte de classes", en *Partisans*, núm. 59-60, París, p. 48.

² Cfr. J. Stalin, *El marxismo y el problema nacional y colonial*, Buenos Aires, Lautaro, 1946, pp. 11-15.

³ Cfr. F. Engels, "La lucha magiar", en K. Marx y F. Engels, *La cuestión nacional y la formación de los estados*, México, Pasado y Presente, 1980, pp. 95 y ss.

⁴ Cfr. K. Marx, "Crítica de la filosofía del Estado y del derecho de Hegel", en *Escritos de juventud*, México, Fondo de Cultura Económica. También, *Ideología alemana*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1976, pp. 51-113.

⁵ Cfr. K. Marx, "Manifiesto del Partido Co-

munista", en *Obras escogidas*, Moscú, Editorial Progreso, pp. 42-43.

⁶ Cfr. *ibid.*

⁷ Cfr. K. Marx, "Futuros resultados de la dominación británica en la India", en *Sobre el colonialismo*, México, Pasado y Presente, 1979, p. 82.

⁸ Cfr. K. Marx, *Imperio y colonia / Escritos sobre Irlanda*, México, Pasado y Presente, 1979, pp. 152-153 y ss.; 188 y ss.; 197-199 y ss.

⁹ *Ibid.*, pp. 322-324. También, *Cartas a Kugelmann*, La Habana, Ediciones de Ciencias Sociales, p. 260.

¹⁰ Cfr. K. Marx, *El porvenir de la comuna rural rusa*, México, Pasado y Presente, 1980.

¹¹ Cfr. Bernstein, "La socialdemocracia y los disturbios turcos", en Bernstein y otros, *La II Internacional y el problema nacional y colonial*, México, Pasado y Presente, 1978, pp. 45, 49, 150. También, H. van Kol, "Sobre la política colonial", en Calwer y otros, *La II Internacional y el problema nacional y colonial* (segunda parte), *op. cit.*, pp. 24, 31, 32, 33 y ss. K. Kautsky, "Vieja y nueva política colonial", en Bernstein y otros, *op. cit.*, pp. 91, 93, 95, 99 y ss.

¹² Cfr. R. Luxemburgo, *La cuestión nacional y la autonomía*, México, Ediciones Era.

¹³ Cfr. V. Lenin, "Resolución sobre el problema nacional", en *Obras completas*, Madrid, Akal, 1977, t. XXV, pp. 263-264. También, "La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación", en *op. cit.*, t. XXIII, pp. 249-250; "Discurso sobre el problema nacional", t. XXV, p. 257; "Estado y revolución", t. XXVII, pp. 101, 477-478.

¹⁴ Nuestra teorización se apoya en múltiples esfuerzos, que reconocen en Gramsci un punto de partida fundamental. Entre otros, queremos mencionar los trabajos de Poulantzas en Francia, de Marramao, Luporini y De Giovanni en Italia, y de los latinoamericanos Aricó, Portantiero, Laclau y Mármora.

¹⁵ Cfr. A. Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo*, México, Juan Pablos, pp. 71-72, 107-108, 147-148, y *Cuadernos de la cárcel*, México, Ediciones Era, 1981, vol. 2, pp. 163-164.

¹⁶ Cfr. N. Poulantzas, *Estado, poder y socialismo*, México, Siglo XXI Editores.

¹⁷ Cfr. A. Gramsci, *Notas...*, *op. cit.*, pp. 71, 72, 74, 148-149, 163, 201.